

# **Espejos**

*Pierre Mabille*

Titulo original: **Miroirs**

Autor: **Pierre Mabile**

Revista **Minotaure**, 1938

**Noviembre 2006**

Este texto puede ser reproducido en la  
manera que se considere oportuna

Correspondencia: ETCETERA

Apartado 1363

08080 Barcelona

**[www.sindominio.net/etcetera](http://www.sindominio.net/etcetera)**

Publica: ETCETERA

Dep. Legal B-28358/85

*Pierre Mabilie (1905-1952), incomparable escritor surrealista francés, apenas conocido (y menos aún traducido) en España, nace en Reims. Médico como su padre, a sus 21 años ejerce de médico clínico en varios hospitales de París. Su enorme curiosidad intelectual lo lleva de la medicina hasta un vasto saber enciclopédico, de las matemáticas y la física al esoterismo. Buscado por la policía de Vichy, embarca en 1940 en Marsella rumbo a Orán y a otros destinos hasta llegar a Haití, donde aportará su saber médico en la mejora del régimen sanitario, y lo ampliará con el estudio de las culturas animistas del país, llegando con el vudú a una visión africana del mundo que contrasta con el etnocentrismo occidental. Regresa a París en 1945, donde muere en 1952 cuando estaba trabajando en su despacho médico.*

*De entre sus múltiples escritos anotemos sus libros principales: La Constitution de l'homme, escrito en 1936, grandiosa síntesis a la búsqueda de una nueva concepción del mundo una vez agotada ya la concepción cristiana que ha inspirado nuestra civilización; Egrégories, ou la vie des civilisations, escrito en la misma época, donde hace un balance de dicha civilización cristiana cuyo actual derrumbe alumbrará el amanecer de una nueva sociedad, por fin, humana; Thérèse de Lisieux, 1937, de cómo la máquina religiosa y la máquina familiar van a la par para anular el deseo de vivir; Le miroir du merveilleux, escrito en 1940, verdadero fresco antológico, viaje iniciático a través de cuentos, leyendas y textos, "la música de acompañamiento de Egrégories" según dice Luc de Hensh en su prefacio a Le Merveilleux (Ed. P.J. Oswald, 1977. Lo Maravilloso, Ed. Cantahueso, 2002), escrito en México en 1944 como epílogo del anterior.*

*En 1934, Pierre Mabilie encuentra a los surrealistas, colabora en su revista Minotaure, formando parte desde 1937 del comité de redacción, junto a Breton, Éluard, Duchamp y Heine. Es en esta revista donde publica en 1938 Miroirs. En este conciso artículo Mabilie nos describe la importancia del espejo para nuestra constitución psicológica. A diferencia del animal que sólo ve ante el espejo a un otro semejante, el niño se reconoce en este otro, imagen virtual que le anticipa su yo, ya que su inmadurez motriz no le permite reconocerse aún como uno, lo que Lacan conceptualiza como primera alienación, en su teoría de la génesis del yo, en El Estadio del espejo (1936). Mabilie analiza este enigma de la imagen en el espejo, creador de conciencia y de ilusión a la vez, que pone de manifiesto la dualidad entre el "yo" y el "sí mismo".*

*En la revista Minotaure acompañan este artículo de Pierre Mabilie cuatro fotografías realizadas por Raoul Ubac. Incluimos aquí sólo una, la del rostro de una mujer y su doble en el espejo.*

## **Pierre Mabille**

Los espejos, en el misterio de sus superficies bruñidas cual sólidas aguas en reposo, evocan cuestiones fundamentales: la identidad del yo y los caracteres de la realidad.

Ante el espejo, el animal no se cree delante de una imagen virtual y menos aún delante de su reflejo, sino que ve en él a un inesperado recién llegado que lo solicita para la lucha o el juego. La confianza animal con respecto a los sentidos no deja siquiera aflorar en su cerebro la hipótesis de una ilusión. El choque contra el cristal le sorprende y le lleva a una prudente reserva.

Espontáneamente, el niño hace lo mismo. Sin embargo, la particular construcción del hombre, la enseñanza de los adultos y la multiplicación de las experiencias le permiten superar los primeros extravíos. Gracias a las sólidas asociaciones que crea el hábito, la imagen proyectada es reconocida como nuestra. Sin embargo, tal asociación, esencial para el espíritu, es susceptible de alterarse. No hace falta buscar en la patología raros ejemplos. ¿Quién de nosotros, emocionado o fatigado, no se ha sobresaltado con espanto al percibir en un espejo sus facciones vueltas de pronto desconocidas, inquietantes o absurdas? Al ser la costumbre el único factor de nuestro reconocimiento, ciertas imágenes menos habituales engendran con más facilidad la turbación, y las imágenes de nuestras facciones son de este orden. Llegado joven a París, recuerdo mi perturbación ante el juego de espejos que encontraba en los grandes almacenes y en los hoteles. Aún hoy siento a veces cierta inquietud entre la combinación de espejos en el probador del sastre. Estas sensaciones muestran lo laborioso que es la toma de conciencia del yo y de qué manera está sometida a posibles regresiones.

Sobre esta primordial cuestión, ninguna ayuda podemos esperar de la enseñanza clásica, antes al contrario. La tradicional creencia en una alma eterna dentro de nuestro cuerpo percedero hizo concebir el yo como emanando de una realidad mental definitivamente establecida, antes incluso del nacimiento. La idea de una constitución progresiva del ser es relativamente reciente, e incluso el desarrollo físico o moral se ha seguido de forma separada sin percibir la totalidad de la evolución humana. Los espejos, al revelar nuestra persona a la conciencia, nos incitan a comprender las etapas de su construcción.

Teóricamente, el corte del cordón umbilical hace del niño un organismo independiente. En la práctica, la independencia es por mucho tiempo relativa y la unidad interior es muy frágil. Antes de poder hablarse de un "yo" orgánico, de un sistema verdaderamente autónomo y de una vida personal, hace falta que se desarrollen y se intrinquen los mecanismos reguladores de las funciones internas. No podemos decir que esa noción de unidad fisiológica constituya una interpretación arriesgada; lo prueban sobradamente la coherente y equilibrada actividad y los ritmos alternos de cada una de las partes de nuestra persona en relación al conjunto.

No obstante, este «yo» vivo apenas se conoce todavía. Se llama cenestesia a la percepción de los movimientos íntimos del cuerpo. Tal poder existe, aunque en circunstancias ordinarias la mayor parte de los fenómenos permanece inconsciente. A este respecto conviene recordar que si el inconsciente corresponde en parte al campo de la psicología, está constituido ante todo por las fuerzas en movimiento de nuestro organismo.

A medida que la cohesión corporal avanza, progresa el desarrollo mental. El artífice responsable de ello es la actividad de los cinco sentidos. Cada uno de ellos se fortalece y las sensaciones recibidas se asocian: las relaciones simultáneas a cada instante, y la lenta y sucesiva estratificación que permite la memoria, son las dos coordenadas del pensamiento. Los elementos psíquicos sirven en primer lugar para orientar el gesto y permiten la satisfacción de las necesidades.

Pronto, a través de miles de actos, el hombre se percibe como el pivote esencial de todas las experiencias. La confusa sensación de ser deviene clara conciencia cuando se traduce en representaciones. Mas éstas proceden de imágenes sensoriales y, por su finalidad, los sentidos están orientados hacia fuera, hacia la exploración del mundo exterior.

El hombre aplica torpemente esas armas al conocimiento de su persona. Ha de juntar las percepciones cenestésicas difusas del adentro con las percepciones sensoriales nítidas que le llegan del exterior. Así se construye todo un sistema de juicios, entendiendo por juicio una especie de juego dialéctico, de pesos entre dos fuerzas del mismo orden pero de dirección opuesta. Esta confrontación conduce a un resultado largo tiempo incierto: de buena gana el niño sitúa su pensamiento, su sueño fuera de él e inversamente dota al universo de aptitudes voluntarias y pasionales análogas a las suyas. Bien que mal, una especie de frontera se levanta entre el ser y el medio exterior. Igual que un sólido edificio, el conjunto de elementos psicológicos se dispone en función del yo orgánico.

Cada uno de los sentidos juega su particular papel en la conquista del conocimiento. El tacto pone límites al individuo y sitúa sus gestos en la certeza del espacio. El oído distingue entre los sonidos que nosotros emitimos, transmitidos por los huesos, y los sonidos procedentes del exterior a través del aire. Gracias a esta primera experiencia el niño asimila por mucho tiempo su pensamiento a una voz interior. El sentido de la vista que, como he insistido en otra parte, proporciona los elementos fundamentales de la conciencia, plantea problemas, entre los cuales vamos a encontrar el papel de los espejos.

Sin la ayuda de artificios, nosotros no percibimos más que un fragmento de nuestro cuerpo: los miembros y la parte anterior del tronco. Con esto basta para asegurarnos que nos parecemos a los demás hombres. Ello permite una orientación eficaz de los gestos.

Sin embargo, si queremos una representación completa de nuestra persona hemos de imaginarla a partir de las impresiones de los otros. De esta manera el niño concede un gran crédito a las afirmaciones del entorno que le informan sobre él mismo. Muy pronto aprende lo frágil de estas informaciones y quiere informarse directamente. Ha de interrogar la sombra que proyecta en el suelo o, mejor aún, la imagen transmitida por el espejo.

Curioso espectáculo el del hombre ante el espejo. Por un lado, un "yo" vivo hecho de un núcleo orgánico caliente, tendido, movidizo en el que se sitúan las múltiples experiencias sensoriales registradas, un "yo" del que brevemente hemos anotado su desenvolvimiento, dispuesto a actuar, a sufrir, a alegrarse y que constituye su meta y su medida. Por otro lado, a igual distancia, visto desde un espacio virtual se encuentra un individuo que examinamos por fuera como podría hacerlo cualquiera. Para que lo

reconozcamos hemos de retener sus signos distintivos en función del modelo medio de la raza.

Este individuo que sonrío cuando contraigo un músculo, que palidece cuando me encuentro mal y que lo veo en medio de los otros, la costumbre me asegura que él exterioriza mi "yo". Ato a él el conjunto coherente donde estoy e inversamente lo hago partícipe de mi vida. Con tal intercambio adquiero la conciencia de mi ser. Esta dualidad corresponde bastante exactamente a los elementos aislados por Freud, el "yo" y el "sí mismo". Entre los dos aspectos de la persona, cuya importancia respectiva varía, son posibles todas las reacciones. Aquí se inscriben la innumerable variedad de las psicologías individuales. Ya el "yo" domina con su espontaneidad al estar entonces el sistema representativo poco desarrollado, ya la imagen social exterior dirige la escena. Estas personas se ocupan de mirarse, inquietos siempre de su imagen. Sin duda alguna, la civilización que tiende a limitar la espontaneidad, aumenta el valor del «sí mismo». La importancia cuantitativa de esas dos partes del ser en nada prejuzga la actitud que una tomará respecto a la otra. El reflejo puede dominar pero ser penoso (se huye de los espejos) o amado (se multiplican las representaciones y las exhibiciones), cualesquiera que sean las particularidades de cada problema individual el trabajo de la conciencia consiste en resolver la "dualidad" del "yo" y del "sí mismo" y en buscar, más allá de ese conflicto, la unidad.

Los espejos que para la constitución psicológica tienen un papel tan importante pasan a ser simples ornamentos en nuestras casas. El alcance de ese gusto merece ser estudiado. En occidente, el uso de habitaciones decoradas totalmente por espejos lo encontramos a partir del siglo XVII. En el Versalles de Luis XIV, un hombre que se declara hecho a la imagen de Dios y que pretende tener de él una delegación de poder, soporta mal el límite de los muros. Éstos deben devolverle sus facciones que, además, los cortesanos imitan. Los jardines en los que la naturaleza ha sido rigurosamente recortada, contienen también espejos de agua donde se reflejan el hombre y su castillo. Este deseo de manifestar su poder, de mantenerlo incesantemente, es propio de todas las civilizaciones. También Roma durante el imperio conoció los palacios con muros pulimentados y reflexivos.

La moda de las habitaciones con espejos se expandió durante el siglo XVIII en los castillos de Alemania, Italia, España y Portugal al mismo tiempo que se extendía el gusto de poner estanques en los parques. Todo esto se daba junto a la fluorescencia del barroco. Pronto, el romanticismo transformó la necesidad de verse, de mirarse, en una voluntad sistemática de avanzar en la introspección. Se quería penetrar más allá de la imagen y llegar al centro del dolor y de los sueños. Desde entonces aparecieron los temas poéticos de atravesar los espejos.

Otras casas quisieron sacar provecho de la ornamentación con espejos, me refiero a los lugares de placer. Pero mientras los parques de atracciones piden a los espejos, ya sean o no deformantes, un efecto de sorpresa o de desorientación, muy distinto es el uso que se les da en los salones. Aunque hay clientes de paso que allí acuden para buscar una fácil satisfacción a sus necesidades más urgentes, los clientes habituales exigen la realización de escenas que despierten su imaginación. La representación visual unida más o menos a una verdadera exigencia psicológica posee un carácter obsesivo. En el espectáculo que se desarrolla, la verdadera personalidad de la mujer importa menos que el rol que consiente representar. Actúe o no, el cliente es ante todo un espectador para el

que el espejo es necesario. Dejando a parte la cuestión de las desviaciones, es cierto que el vicio corresponde a un grave conflicto entre el «yo» y el «sí mismo», sobrevalorando la imagen ante la necesidad.

Entre estos fenómenos hay uno particularmente importante que encontramos en el mito de Narciso, el viejo tema poético, y que recientemente es objeto de profundos estudios. Havelock Ellis ya había identificado en medicina un síndrome de autoerotismo basado en observaciones bastante excepcionales. Luego, a partir de esta idea, Freud hizo del narcisismo un estadio normal en el desarrollo del ser. Según él el hombre orienta su amor hacia dos objetos: él mismo y un individuo del sexo opuesto (la madre generalmente). Pero la cuestión aún se alargó hasta el punto de colocar en ese capítulo las diversas formas de egoísmo, incluido el instinto de conservación. A decir verdad, a partir del análisis de las preocupaciones sexuales se llegó a esta doble corriente que encontramos en todas partes: una centrípeta, que vuelve hacia dentro el individuo, lo personaliza, lo aísla y lo cristaliza, y la otra centrífuga, que tiende a disolver y a diluir el ser tanto propio como figurado. Es verdad que el narcisismo encuentra su lugar en este movimiento alterno pero ¿es ése el sentido de la tragedia griega?

Ciertamente, cualquier mito verdadero se presta a una infinidad de lecturas, e incluso ha podido hacerse una interpretación botánica del mismo sin caer en el ridículo. Lo que yo veo en la historia de Narciso es un apólogo moralizante. Me parece próximo de ciertos relatos asiáticos, en concreto de aquel que narra el hecho de coger el fruto prohibido en un jardín paradisíaco. Recordemos la aventura: Hijo de una ninfa, Narciso es un vigoroso adolescente; un horóscopo le predice una larga y feliz vida a condición de no verse a sí mismo. Se le ordena vivir espontáneamente como un hermoso animal. Pero tal felicidad no es aceptada. Las insinuaciones de la ninfa Eco \_ese reflejo alejado del ser entre campos y bosques\_ son rechazadas. Entonces Némesis, la justiciera, la guardiana del equilibrio universal castiga al indiferente. Narciso ve su imagen en el agua y queda perdidamente enamorado de sí mismo. La embriagadora flor que provoca el vértigo es evocada por el sopor en el que cae el joven. Desvanecido, se ahoga. ¿Se trata de un estéril autoerotismo, de una fuerza dispensada en vano, o estamos más bien ante el drama del pensamiento humano desviado de cualquier fin exterior y que deja captarse en el círculo vertiginoso de una gratuita intelectualidad que se imagina ser su objeto y su fin? La humanidad griega, que por encima de todo adora la vida con plenitud, mediante este relato amoroso estigmatiza no tanto la meditación sino un cierto repliegue peligroso del individuo sobre sí mismo. La reprobación alcanza a los adolescentes satisfechos, sustraídos a las necesidades de la lucha diaria, hastiados y que sólo se ocupan de contemplar amorosamente su persona. Yo leo en el mito de Narciso un proceso contra ciertos itinerarios intelectuales vanos, contra ciertas propensiones al auto-psicoanálisis.

Aunque gracias a la costumbre llegamos a reconocer nuestro reflejo en el espejo, no deja de ser cierto que la imagen es para nosotros un misterio difícil de explicar. ¿Quién es esta otra persona que aparece al mismo tiempo que nosotros? De buena gana hacemos de él un doble que cargaremos con todos los anhelos que la realidad nos niega. Deseamos ser eternos, ingrátidos, invulnerables, siempre vigilantes. El doble lo será por nosotros. Se convierte en una representación mejorada, idealizada del «sí mismo». Han sido necesarios siglos para que el hombre pudiera hacer suya la imagen que parecía exterior, para que pueda incorporarla a su persona.

En Egipto, se considera que el hombre se compone de cinco partes relativamente independientes: el cuerpo tangible y perecedero, el alma pájaro (soplo que después de la muerte regresa al conjunto de la vida colectiva), la imagen o ka o doble encerrada en el retrato y en la estatua, la sombra que sigue los contornos del cuerpo y que permanece atada a la momia, y el nombre que contiene lo esencial de la persona.

Cantidad de costumbres y creencias en las orillas del Mediterráneo prueban lo viva que está la realidad autónoma de la imagen. Aquí, prohibido dejarse fotografiar o pintar (precepto escrito en la ley coránica), allá, temor de que la sombra no sea alcanzada por algún maleficio, por el paso de un extranjero. Se considera que el espejo en el que uno se ve contiene la imagen, si llega a romperse, sobreviene la muerte.

A decir verdad sólo el deseo de simplificación hace que asociemos sombra e imagen. Nunca su confusión se ha visto realizada totalmente. La sombra es una noción menos intelectual, es como un sino del cuerpo cuya materia se habría enrarecido pero que podría darse en la dirección inversa. (Reino de las sombras por Reino de los Muertos. Campos Elíseos \_diversas apariciones\_ ectoplasmas espiritistas).

Por el contrario, la imagen contiene un elemento de conciencia. Para los Platónicos llega a ser una especie de modelo y de matriz para la creación.

El cristianismo ha intentado reducir estos distintos componentes del hombre a un conjunto formado por el cuerpo y el alma inmaterial. Le han quedado unas sobras antiguas (ángeles custodios, demonios, etc.). Pero se ha esforzado menos en describir y explicar, que en moralizar. Su objetivo era reemplazar la imagen individual por una representación válida para todos: la figura de Cristo contenida en cada uno y susceptible de ser un modelo colectivo.

Todos esos sistemas que han elaborado los hombres no tienen únicamente un interés histórico; su multiplicidad prueba que el conflicto entre el "yo" y el «sí mismo» ha sufrido durante los años numerosas transformaciones. Por tanto, las oposiciones, los actuales antagonismos, las contradicciones interiores no tienen ningún carácter definitivo.

Dotar al doble de autonomía y de extraordinarias virtudes volvía imperioso el deseo de manifestarlo. Desde el origen se busca seguir los contornos de la sombra, captar el reflejo, representar cosas y gentes. Así nacieron conjuntamente el arte y la magia. El acto mágico supone la substitución de la persona por su simulacro. Su finalidad consiste en hacer aguantar a éste lo que aquella no aguantaría. Los obstáculos debidos al alejamiento en el tiempo o en el espacio, debidos a la sociedad se desvanecen desde que se domina la representación cualificada, es decir, consagrada y se puede actuar sobre ella. Además, la ambición del mago consiste en descubrir el nombre y la imagen de las fuerzas naturales cuya presencia en el universo le parece evidente (Dioses o semidioses de los ríos, de los campos y del cielo), pero que los sentidos no alcanzan. No hay en ello ninguna curiosidad superflua, sólo la esperanza de una fuerza humana acrecentada. El principio sigue siendo el mismo: dominar la representación y actuar sobre ella para comprender los fenómenos.

Ya que el espejo es susceptible de proporcionar la imagen de las cosas que vemos, debe ser igualmente capaz de dar la imagen de las entidades ordinariamente invisibles.

Para obtener esas excepcionales representaciones, se piensa que son necesarios ritos y precauciones. Entonces se construyen distintos espejos, empleando metales escogidos con esmero por sus peculiares virtudes. Se trabaja en horas astrológicamente propicias, se ejecutan ceremonias durante las cuales son evocados los espíritus de los muertos y de los ausentes y las potencias del mundo superiores amigas u hostiles. Las experiencias de las videntes que en nuestros días interrogan la bola de cristal corresponden a lo que aún queda de estas prácticas antiguas. Sin duda, los resultados obtenidos en tales circunstancias tienden a una exteriorización del contenido del inconsciente, Esta explicación moderna, aunque debe admitirse en exclusión de cualquier otra, arroja luz sobre el mecanismo de los hechos. Sin embargo hemos de confesar que el misterio permanece, puesto que al extender indefinidamente el poder del inconsciente no hacemos sino recular el problema. En estas preocupaciones mágicas, ya sean oficiales y entonces se les llama religiosas, ya sean privadas y más o menos ocultas, es solicitada la habilidad del artista. Se le pide a este hombre, a parte de cualquier otra consideración decorativa o estética, que sea el fiel espejo que conserva la imagen. El practicante ha de representar a los seres y a las cosas que de esta manera escaparán a la amenaza del tiempo. Conviene trazar estas figuras con el máximo de carácter. asociándolas a los emblemas y a los símbolos. Al reemplazar a los evocadores espejos, los pintores han de ser capaces de volver sensibles a la multitud los rasgos de las personajes míticos, o de los dioses. Han de seguir las indicaciones del ritual y de la tradición. Con esta reserva, pueden interrogar su imaginación. La libertad es débil y sólo se admite un margen de variedad y de deformación exigida por la óptica, el gusto y la sensibilidad personal de cada artista.

El arte, desembarazado de esas preocupaciones, vuelto profano, es liberado. Sin embargo el artista continúa mirando su representación como participando de la realidad, como siendo una parte de la realidad que ha podido ser sustraída. Al dedicar su vida a hacer simulacros, cree en el valor de estos.

Por lo demás, el público conserva con fuerza la antigua noción de utilidad mágica del arte. Sucesivas oleadas de iconoclastas se han lanzado por todo el mundo, en Bizancio, en Roma con los adeptos de Savonarola, los Reformadores, pero nada han logrado. Los primeros cristianos se burlaban de los cultos paganos por los ídolos que contenían, pero pocos años después sus basílicas estaban llenas de ellos. La costumbre de reconocerse en su imagen personal hace que el hombre crea espontáneamente en el valor de todas las representaciones. La gran novedad moderna estriba en que, gracias a los procesos mecánicos que han permitido la representación automática de las cosas, el artista se encuentra despojado de la necesidad social de ser una especie de espejo común. Puede solamente evocar su emoción, reproducir imágenes que sólo existen en su cabeza: visiones del sueño por ejemplo. El abandono del objeto, la despreocupación del parecido son considerados por el público con incomprensión y terror. Parece traicionada la habitual misión del arte. Pero aún hay más, ante estos esfuerzos contemporáneos, el espectador, que considera por tradición al artista como encargado de evocar el mundo, describirlo y volverlo sensible, teme que los nuevos espejos vivientes no vayan a descubrirle un universo distinto de aquel en el que los sistemas clásicos del pensamiento lo encierran. Tiene miedo de testimonios que lo pondrían todo en cuestión.

Al ser el espejo el arma principal de la toma de conciencia del «yo», como he mostrado, provoca, por eso mismo, nuestra inquietud acerca de los verdaderos caracteres de la realidad. En efecto, los fenómenos de reflexión sobre las superficies

bruñidas constituyen el primer ejemplo de una ilusión, es decir de un caso en el que los sentidos han sido descubiertos bajo un flagrante delito de error, de donde puede nacer la duda.

Al darnos un reflejo exterior de nuestra persona, inalcanzable y además invertido, el espejo nos engaña, cuando nosotros nos sentimos en ese personaje.

Por eso, cuando se trata de algo seguro o dudoso, real o no, el hombre pensará en el espejo, este creador de conciencia y de ilusión a la vez. Siento no poder analizar aquí la singular analogía que tradicionalmente representa la verdad con la imagen de una mujer desnuda saliendo de un pozo y con un espejo en la mano. Propongo que ese espejo se lo dé a sostener a un hombre que no sabría servirse de él, tendríamos entonces el símbolo exacto del filósofo.

Después que los místicos, magos y artistas, al sobreestimar el valor de la imagen hubieran proporcionado un doble a cada ser, los filósofos han insistido sobre el carácter virtual e inmaterial de los reflejos. Tenían así la posibilidad de construirse con poco coste un reino en el que nada importaba y donde sólo era admitida la contemplación descriptiva. Al argüir sobre la dualidad de la cosa y de su imagen, dualidad sin embargo grosera, han construido dos universos de los cuales uno sería la apariencia del otro.

Ora sólo los objetos tangibles están dotados de existencia y nuestras representaciones mentales son vistas como puros reflejos sin realidad alguna, simples superestructuras hechas de humo, ora, por el contrario, el mundo exterior es negado en provecho de los materiales psicológicos hasta llegar a decir, llevados por la lógica, que el universo experimental y perceptible no es más que un reflejo momentáneo de los grandiosos y definitivos pensamientos de un cerebro central divino. En todas estas ya simples o complicadas tesis que constituyen el conjunto del monumento filosófico, encontramos el problema fundamental del espejo y las insuficientes conclusiones que de su uso se desprenden. En estos sistemas vemos reaparecer el trascendente conflicto entre el "yo" y el "sí mismo" que por todos los medios intenta resolverse.

Escasa importancia tendrían estos debates sino fuera porque contribuyen a través de engañosos razonamientos a acentuar una realidad en el hombre y en el mundo que es sólo aparente. Son peligrosos porque en general acaban por arruinar la esperanza. En efecto, el país de lo maravilloso se halla situado siempre al otro lado del espejo, relegado a un espacio virtual. Afirmo que ya es tiempo de acabar con la intolerable explotación que se ha hecho de los fenómenos de la reflexión óptica. Urge proclamar que el Misterio y lo Maravilloso no están fuera sino dentro de las cosas y de los seres, transformándose a cada instante unos y otros unidos como están por continuos vínculos.

Detrás de la superficie plana del lago no hay álamos ilusorios sino la vida intensa de las aguas. Detrás del espejo hay el metal con sus propiedades. Y si es posible comparar nuestro espíritu con este espejo, el alinde está constituido por la roja colada del deseo. En cualquier caso, en este extraño aparejo la alteración de las imágenes, lejos de ser gratuita, señala la primera fase de la transformación del universo.

**52**



**ETCETERA**